

NOTAS Y COMENTARIOS

UNA EVOCACION DE LOS CURSOS DE CULTURA CATOLICA *

Los Cursos de Cultura Católica ocupan casi 40 años de la primera parte de este siglo, desde 1922 a 1950. Pero, como bien advierte Máximo Etchecopar en el Prólogo de este libro, el apogeo de los Cursos se extiende desde 1928 a 1945.

Esta Institución, como lo indica su nombre, nació de la manera más modesta. Un grupo de jóvenes universitarios católicos, conscientes de la falta de formación cultural y cristiana de la Universidad oficial, deciden buscar a algunos profesores, para que les dicten unas clases de Teología, de Moral y de Historia Eclesiástica.

El vigoroso germen estaba echado. Bien pronto los Cursos de Cultura Católica comienzan a desarrollarse para convertirse en el Centro más importante de Cultura Católica del país en la primera mitad de este siglo. Y ello coincide con la aparición de un conjunto de eminentes pensadores católicos en Europa: Maritain, Gilson, Claudel, Chesterton, Belloc, Mauriac, Papini, Bloy, Jean Guiton, Sciacca y muchos otros. Bajo el impulso de aquel movimiento intelectual católico europeo se realiza en Buenos Aires este fuerte crecimiento intelectual católico con los C.C.C. Tomás D. Casares, Osvaldo H. Dondo y Atilio Dell'Oro Maini, Sáenz, Bourdieay, Ayerza, y muchos más son los propulsores de este movimiento, que Raúl Rivero en su libro enumera detenidamente.

A las clases iniciales se suman otras, se hace un nuevo plan de estudios, más amplio y orgánico, se van incorporando cada vez nuevos y eminentes profesores. Y luego se crean escuelas especiales de Filosofía, de Artes e Institutos Profesionales Católicos de abogados, médicos y otras profesiones.

La Escuela de Filosofía tuvo un auge extraordinario y desde un comienzo con eminentes alumnos, como Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, José María de Estrada, Agustín Santillán, el entonces joven Hno. Septimio y Burchiazo.

La Doctrina Católica se estudiaba cada vez con más profundidad y amplitud y de una manera más sistemática. También se aumentaba el número de los alumnos de los cursos generales y en los institutos especializados. Los alumnos eran exclusivamente varones.

Los Cursos se convierten en el hogar de la cultura católica en Buenos Aires. Allí se reunían no sólo para asistir a clase o conferencias, sino para dialogar, los filósofos, los artistas, los profesores y alumnos y para comunicarse unos con otros y enriquecerse así mutuamente con sus ideas y experiencias. Recuerdo una larga tarde compartida con Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal sobre el tema de la poesía. Nace así "Convivio", para los artistas.

A la vez los Cursos se convierten en un centro de acendrada y sólida piedad y de vida cristiana, con su capilla y su actividad litúrgica. Ballester Peña iluminó

* RAÚL RIVERO DE OLAZÁBAL, *Por una cultura católica*, Edit. Claretiana, Buenos Aires, 1986.

la Capilla con sus hermosas figuras. Retiros, ejercicios, conferencias espirituales se realizaron durante todos estos años en el local del Instituto y en otros situados fuera de la ciudad.

Entre tanto ilustres visitantes honraron la cátedra de los Cursos. El primero de ellos fue el R. P. Marie Stanislas Guillet O. P. profesor del Instituto Católico de París y más tarde Maestro general de la Orden Dominicana y Arzobispo, quien dio un curso de Moral, publicado más tarde en francés: "La moral y las morales".

Pero la visita más importante para los Cursos fue la de J. Maritain, que se prolongó durante dos meses. Colmó su sabiduría todos los ambientes universitarios del país. Sus conferencias y clases en los Cursos de Cultura Católica, con una asistencia de 500 hombres, en la Universidad de Buenos Aires y otros centros de estudios de la capital y del interior, sus sabias y llanas conversaciones prolongadas hasta altas horas de la noche, rebosantes de saber y caridad, los resúmenes de sus conferencias aparecidos ampliamente todos los días en "La Nación" y una actividad prodigada sin medida al servicio de la Filosofía y de la cultura católica, hicieron conocer en profundidad y apreciar en todo su contenido en Buenos Aires y en gran parte del país, la doctrina de Santo Tomás de Aquino, revivida en esta inteligencia extraordinaria.

Algo semejante aconteció con la visita del R. P. Garrigou-Lagrange, quien durante muchos días pronunció conferencias en los Cursos, en la Universidad de Buenos Aires y otros centros culturales de la Capital y del interior del país. A la vez desarrolló una intensa labor pastoral con retiros y ejercicios y otras actividades espirituales. Un resumen de estas actividades espirituales se publicó con el título "La Providencia y la confianza en Dios".

Tristán de Athayde (Alceu Amoroso Lima) trajo a los Cursos de Cultura Católica su amplia cultura y su buen decir. Desarrolló un ciclo de conferencias sobre "Las edades del hombre". Pronunció conferencias y desarrolló otras actividades docentes.

Todos estos visitantes dejaron compiladas, en sendos libros, gran parte de sus actividades.

A los Cursos regulares y a las Escuelas e Institutos, se fueron agregando cursillos de conferencias sobre temas y autores de actualidad.

Los Cursos de Cultura fueron siempre fieles a la doctrina católica y al Magisterio de la Iglesia, sobre todo del Papa. En momentos difíciles para la Iglesia argentina, los Cursos de Cultura Católica, sin vacilar, estuvieron con el Papa y su representante en Buenos Aires, el Nuncio Apostólico.

Los Cursos publicaron desde su comienzo la llamada *Hoja informativa*, cuyos volúmenes recogen toda su historia. Más tarde la Revista *Ortodoxia*, con sus 17 gruesos volúmenes, editó una sólida doctrina de filosofía, teología y cultura católica. A la sombra de los Cursos también se editó *Sol y Luna*, una revista de cultura dirigida por Juan C. Goyeneche, uno de los más fervientes amigos de los Cursos. No hay que olvidar tampoco que sin pertenecer a los Cursos, fueron hombres de los Cursos quienes fundaron la Revista *Criterio* y la publicaron en su primera época, con la dirección del Dr. A. Dell'Oro Maini. Numerosos libros fueron saliendo con el sello de los Cursos de Cultura Católica, de autores argentinos y extranjeros, sobre los temas más actuales y permanentes de la cultura

y que constituyen una verdadera biblioteca. Enrique Lagos fue el artífice de esta colección de la librería de los C.C.C.

Toda esta extraordinaria y vigorosa vida intelectual y espiritual de los C.C.C., su amplia influencia y repercusión en todos los ambientes universitarios y culturales del país, y también del extranjero, durante 20 años, han sido expuestas con objetividad, orden y claridad —y también con mucho amor— por Raúl Rivero de Olazábal en esta obra. El autor ha realizado una obra realmente histórica, basado en los numerosos documentos vinculados con la Institución y en el contacto con muchos de sus principales protagonistas, que aún viven.

Además, no se ha olvidado el autor de nombrar a los centenares de hombres vinculados con los C.C.C., en sus diversas actividades, tanto profesores, como dirigentes y organizadores y alumnos ilustres. Sobre todo ha evocado con emoción los nombres del Dr. Tomás D. Casares y de su inseparable secretario, el poeta Osvaldo Horacio Dondo, ambos alma de la Institución; y del Dr. Dell'Oro Maini y otros sobresalientes constructores de la Institución.

Todos los que hemos participado de alguna manera en esta extraordinaria empresa del espíritu, que son los C.C.C., hemos de agradecer la publicación de esta oportunísima obra de Rivero de Olazábal, que deja consignados cuidadosa y minuciosamente el amplio espectro de actividades docentes, culturales y religiosas, los hechos más importantes y las figuras sobresalientes de los C.C.C., para que no mueran —*ne pereant*— y queden vivos en la historia de la Cultura Católica Argentina.

OCTAVIO N. DEWISI

SOBRE LA RECTA DEFINICION DE CIENCIA *

1) *El carácter utilitario de la ciencia.*

Si bien es conocido por todos el admirable avance de la técnica actual, no es bien comprendido el papel de la ciencia en este proceso, o más bien se entiende a esta última como única responsable de la primera. Aún entre algunos científicos, para los cuales el único fin de la ciencia es la tecnología, reina un cierto escepticismo sobre la verdad que la ciencia podría descubrir. Es decir una desviación en la misma definición de ciencia, en su punto de partida.

Definiendo bien qué es ciencia, el científico queda abierto a la verdad en general. No sólo a la verdad de su ciencia particular sino también a saber darle el lugar que les corresponde a sus saberes dentro de los demás conocimientos, ya sean de tipo natural o sobrenatural.

* Agradecemos al Dr. F. Miguens y al Dr. A. Martínez Sagasti por iluminantes sugerencias volcadas en el transcurso de este trabajo.